

“El virus” o mi experiencia pandémica al oriente del Río de La Plata

Flores, Romina Andrea ¹
roandflores@gmail.com
Facultad de Humanidades
Universidad Nacional del Nordeste (UNNE)

El sabor de lo oriental
con estas palabras pinto;
es el sabor de lo que es
igual y un poco distinto.

Milonga para los orientales, Jorge Luis Borges.

La pandemia y yo nos encontramos en Uruguay por cuestiones académicas. Después de años de estudio, esfuerzo y falta de sueño (pero repleta de sueños) fui seleccionada para realizar un Intercambio Estudiantil en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República, radicada en Montevideo. Fui allí con mi pareja, a quien también aceptaron para cursar un semestre en la misma Facultad.

Esperaba con mucha ilusión la experiencia de estudiar en otro país y todo lo que ello conlleva: acercarse a una cultura distinta, conocer gente nueva, visitar otros paisajes. La mañana del 26 de febrero, mientras veíamos por televisión los estragos que el coronavirus comenzaba a causar en la sociedad italiana, no pensé en ningún momento que el Covid-19 se interpondría en mis planes. En cambio, reímos y dijimos “esas cosas nunca pasan acá”.

Por supuesto, comencé la experiencia muy emocionada. Conocí la Facultad el primer día. Encontramos una residencia internacional al siguiente, que, además, estaba a una cuadra del edificio de Humanidades y a la vuelta de la Feria de Tristán Narvaja. Para quienes nunca fueron a Uruguay (única manera de no conocerla) se trata de una feria callejera, nombrada por la calle en que se emplaza, que forma parte esencial de la vida y cultura montevideana. Lleva décadas dándole espacio a cientos de

¹ Romina Andrea Flores es estudiante avanzada de la Licenciatura y del Profesorado en Letras (Universidad Nacional del Nordeste) e integrante del PI 17H014: “Dimensiones monstruosas de la épica y de sus héroes en Heroidas de Ovidio”, avalado por la Secretaría General de Ciencia y Técnica de la UNNE.

Experiencias

comerciantes y miles de compradores cada domingo. Entre kilómetros de puestos, personas de todas partes se congregan y la recorren cada semana. Hay cuadras de antigüedades y libros, que se desplazan en hileras infinitas, como en un desfile cultural. Otras de artículos para el hogar, mercadería y puestos de comida callejera, elaboradas por inmigrantes de múltiples nacionalidades que encontraron refugio en Uruguay. Otras con ropa, calzados y accesorios. Hasta las plantas y las mascotas tienen su rincón. Todo dirigido por la sinfonía que las voces de las charlas, las ofertas a los gritos y la música ambulante componen. Las primeras veces que recorrimos la feria nos resultaba casi imposible avanzar, pero, como la gente estaba tan habituada a esta escena, trazaba sus propios “carriles” para avanzar hasta destino sin chocar con otros feriantes todo el tiempo. Por la inmensa variedad en contacto, se conformaba un espacio de frontera, una semiosfera fronteriza dominguera, en el mismo centro de la capital.

En otra experiencia multitudinaria, asistimos a la Marcha por el Día de la Mujer, el 8 de marzo. Acompañamos a más de 200 mil personas que manifestaban sus reclamos de las formas más variadas, mientras se dirigían a la sede de la Universidad de la República. Comenzamos nuestras clases allí al día siguiente.

Durante la primera semana, cursé seis materias buscando “las elegidas” y me sorprendió gratamente que los profesores usaran un paradigma distinto del que estaba habituada. La aventura había comenzado en todo su esplendor; sin embargo, aunque quisiera seguir hablando sobre la experiencia dentro de las paredes de la Universidad, que me acogió como una estudiante, no puedo: el viaje por los pasillos y las aulas terminó abruptamente.

El viernes 13 de marzo, cerca del mediodía, se confirmaron cuatro casos positivos de COVID-19 en Uruguay. El 14 de marzo, se suspendieron las clases presenciales. Primero por unas semanas, luego por lo que restaba del semestre. Para el lunes siguiente, los uruguayos ya habían suspendido actividades culturales y deportivas, habían comenzado a cerrar locales y a cursar una cuarentena que nunca fue obligatoria, pero que cumplieron (y cumplimos) estrictamente.

A partir de entonces, la Feria fue nuestro indicador de la crisis generada por la pandemia y sobre cómo vivía la sociedad uruguaya

esta situación. Nada fue más significativo que el panorama que nos encontramos allí esas primeras semanas. De no poder casi avanzar en el mar de gente, con puestos que cubrían cada centímetro disponible, pasamos a ser tan pocas personas que el distanciamiento social se podía llevar a cabo sin problemas, tanto entre quienes comprábamos como entre quienes vendían. La ensordecedora imagen de la multitud se opacó de un domingo al siguiente. Que un espacio de encuentro tan diverso, y de vital importancia para la vida en esa ciudad, presentara un cambio tan radical e inmediato, era el signo más claro de la incidencia del coronavirus en Uruguay.

El 8 de abril recordé la marcha y no podía creer cómo todo había cambiado tan drásticamente en un mes. Cómo pasamos de ser cientos de miles de personas caminando, aglomeradas entre los edificios del centro, a no poder ingresar con mi pareja al supermercado porque solo se admitía a una persona por familia. Cómo la mera idea de tanta gente reunida resultaba alarmante e inconcebible cuando, en su momento, era algo natural.

Sin embargo, la situación cambió poco a poco. Las rápidas acciones dieron resultado: muy pronto los números fueron ínfimos. La vida cotidiana comenzó, lenta pero constantemente, a restaurarse. De nuevo, pudimos dar cuenta de esto gracias, sobre todo, a la Feria. La gente volvió, los puestos comenzaron a ocupar los espacios vacíos y, tapaboca y alcohol en gel mediante, la Feria resurgió en todo su esplendor.

Cuando terminé de rendir los primeros parciales, conocí a Mariana, compañera de Literatura Uruguay II, quien había tenido la infinita amabilidad de ayudarme con el material que, entonces, me desbordaba. Mariana ya era profesora, estaba cursando la Licenciatura en Letras para complementar sus estudios.

-¿Por qué les dicen orientales? -fue una de las primeras preguntas que le hice.

-Porque estamos al oriente del Río de La Plata -contestó, orgullosa por su lugar de origen.

Era mayo. La ciudad ya había habilitado bares y la gente asistía con tranquilidad. Entramos a uno en el que limpiaron nuestra mesa, tomaron nuestro pedido y nos permitieron pasar las siguientes horas sin

necesidad de comprar algo más. Hablamos mucho; entre otros temas, de la pandemia en nuestros respectivos países. “Acá parece que no pasó nada”, concluimos.

Para junio, más actividades se habilitaron. La gente demostraba más confianza y salía a parques y pequeños eventos. Las clases presenciales fueron adaptándose a una transición entre la virtualidad y la presencialidad en otros niveles. Mis clases presenciales, sin embargo, no volvieron; la virtualidad era un recordatorio constante de la pandemia.

Conforme se restauraba la normalidad en Uruguay, pudimos conocer otra parte esencial de su cultura: la murga y el candombe. Durante todo el año, ensayan por las calles de Montevideo llevando su ritmo a todas partes. El grupo Sarabanda Candombe se juntaba, todos con su barbijo, en la esquina de nuestra residencia para comenzar su travesía musical. Alrededor de 30 tambores tocaban, detrás de una bailarina que guiaba a su grupo de baile y a todo quien quisiera unirse -generalmente, entre 30 y 50 personas en total-. Podías simplemente ponerte detrás de ella, seguirla y, maravilla, ya formabas parte del candombe. Evidentemente, el encuentro y la diversidad son parte indispensable en las actividades que conforman la vida montevideana.

Curiosos y cautivados por el ritmo y el baile, varias veces los seguimos. Muchas más, atareados por las responsabilidades virtuales, los filmamos desde un balcón de la residencia. Como es propio de estos tiempos, lo compartíamos en nuestras redes. Mi hermana me preguntó en una de esas historias:

-Romi, ¿qué es eso que subiste en el video? ¿Y el virus?

-¿Qué virus, Sole? No entiendo -respondí. Recuerdo haber pensado: “¿se habrá confundido? Capaz quiso decir otra cosa”-. Mirá lo que me dice Sole- le comenté a mi pareja. Tampoco comprendió. Recién al día siguiente entendí los alcances de su pregunta y de su asombro.

Ya era 5 de julio. La vida en Uruguay era completamente normal (a excepción de mis nunca reinstauradas clases presenciales) y la pandemia ya no nos asediaba. Le mandé un audio a mi hermana, explicándole cómo se vivía en el país al oriente del Río de la Plata tras el COVID-19: cuidándonos pero tranquilos, la “nueva normalidad” ya

Experiencias

instaurada. Le mandé una foto de la Feria, de nuevo en su gloria, con gente recorriéndola casi como la primera vez que la visitamos. Terminé mi descripción diciéndole:

-Acá la vida es como si no hubiera pasado nada -frase que lo resumía todo.

Le conté lo sucedido con mi hermana a una compañera mexicana de la residencia, quien, a su vez, sentenció: ¡Es que acá no pasó nada!

La verdad, todos creíamos lo mismo: “En Uruguay no pasó nada”, comentario que oíamos y replicábamos constantemente. La pandemia había pasado tan de golpe como había llegado. Con la misma espontaneidad con que lo puedes leer aquí: un día, parecía consumirlo todo, rápidamente, y, al siguiente, bailabas tras los tambores del candombe, calentando al invierno.

Tres días después, tomamos un colectivo que nos dejó en la frontera y, burocracia mediante, regresamos a nuestra casa. El cambio fue rotundo, una vez más. Alcohol, distancia, barbijos, aislamiento. Todo lo que ya habíamos dejado atrás, exacerbado. Sentíamos nervios ante un eventual problema, a pesar de tener todo lo que necesitábamos para circular. No había nadie en las calles y rutas. En una YPF, tres personas resultábamos demasiadas para el autoservicio. El panorama ya olvidado, se repetía.

Esta situación me ayudó a comprender la conversación que había tenido con mi hermana. Cuando ella me preguntó por “el virus” sintió que no necesitaba explicar más porque en Argentina, para julio de 2020, no podía corresponderse o significar menos que “coronavirus”. En Uruguay, en cambio, su incidencia había disminuido tanto que podía valer tanto para una gripe como para el causante de la pandemia. En otras palabras, el signo “el virus” significaba en un lado del Río mucho más específicamente que en el otro. “El virus” había afectado y mantenía su régimen sobre todo el territorio argentino, al punto de que ningún otro podría ocupar su lugar -o significancia-. Hacia el oriente, ya en un contexto de pospandemia, era un signo tan abstracto que podía tomar horas definirlo.

A pesar de la cercanía entre ambos países, las representaciones sobre la situación de uno resultaba chocante en el otro. Para mi hermana, en la semiosfera argentina, la imagen que coloreaban

60 personas bailando en una calle era llamativa y preocupante. Las construcciones y discursos que la realidad en aislamiento había creado sobre el mundo ya no referían a tal multitud. Y, como era una cuestión mundial, resultaba verosímil que cualquiera se imaginara que el cuadro sería el mismo en todas partes. Asimilé su reacción a mis pensamientos cuando había recordado, encerrada, la marcha por el día de la mujer. La realidad en cuarentena ya no admitía situaciones como esa. Sin embargo, habiendo transcurrido un contexto de pospandemia como el de Uruguay, para mí, que había vivido la cuarentena en esa semiosfera, me resultaba chocante entrar en un territorio donde las consecuencias de la pandemia seguían en auge.

Estas reflexiones revelan los alcances del signo “el virus” en distintos contextos: cómo en Argentina, por la continuidad de la cuarentena, se sobreentiende y en Uruguay, en pospandemia, es abstracto. A la vez, pone en diálogo los discursos en torno al Coronavirus y los modos de vivir la pandemia: Argentina no podía salir de la situación de cuarentena y aislamiento, por lo que ver tanta gente reunida era una imagen extraña; en Uruguay, por el contrario, la situación se había revertido hacía tanto que se decía que allí “no pasó nada”. A partir de la experiencia relatada, considero que el contexto de pospandemia da la sensación de que no hubo consecuencias, de que lo malo ya pasó y de que todo ha vuelto a la normalidad. Esto es perceptible en los discursos que circulan y en las actitudes que demuestra la sociedad, en este caso la montevideana. Sin embargo, los barbijos y la virtualidad, junto con la experiencia del aislamiento, serán siempre signos y recordatorios del paso del coronavirus y su incidencia en el mundo.